

---

---

## ERIXIAS.

---

### ARGUMENTO.

El *Erixias*, muy superior á los diálogos inmediatamente precedentes, y del mismo mérito poco más ó menos que el *Axioco*, es una conversacion animada é ingeniosa, en la que Erixias, Erasistrato y Critias contestan sucesivamente á Sócrates. En él se expone, aunque no con mucho rigor, que la riqueza es más ó menos grande segun el valor de los objetos poseidos; de donde se sigue, que la sabiduría ó ciencia del bien y del mal, teniendo más valor que todo lo demás, es la riqueza por excelencia; que la riqueza es un bien ó un mal segun el uso que se hace de ella; y por consiguiente, que es un bien en manos de un hombre honrado, y un mal en las de un malvado; que la riqueza consiste en tener muchos bienes, es decir, cosas útiles, esto es, cosas propias para satisfacer las necesidades del cuerpo; que estas necesidades, pudiendo ser satisfechas sin el auxilio del oro y de la plata, el oro y la plata no son bienes, no constituyen una riqueza; que cuantos más medios hay de satisfacerlas, las necesidades se hacen más numerosas y exigentes, de suerte que los ricos de-

berán ser los más dignos de compasion. Estas proposiciones constituyen, ya que no una doctrina profunda, por lo ménos una moral decorosa. En cuanto á la forma, no deja de tener este diálogo gracia y variedad; y el conjunto no carece de interés. En fin, el *Eriacias* no instruirá al que lo lea, pero no le causará fastidio.

---

## ERIXIAS.

---

SÓCRATES.—ERIXIAS.—CRITIAS.—ERASÍSTRATO.

Nos paseábamos por casualidad en el pórtico de Júpiter Libertador (1) Erixias de Stiria y yo (2), cuando vinieron á nosotros Critias y Erasístrato, hijo de Feax, sobrino de Erasístrato. Este último, que acababa de llegar de Sicilia y de los países comarcanos, vino á mi encuentro y me dijo:

—Buenos dias, Sócrates.

—Buenos dias, le dije yo á mi vez. Y bien, ¿nos traes algunas nuevas de Sicilia?

—No hay duda; pero, ¿quereis, dijo, que tomemos desde luego asiento? Me encuentro cansado, porque he venido á pié desde Megara.

—Sentémonos, si así lo deseas.

—¿Qué quereis saber ante todo de los sicilianos? ¿Lo que hacen ellos entre sí, ó sus disposiciones respecto á nosotros? Aquellas gentes bajo este último punto de vista son como las avispas, que si se las irrita, por poco que

---

(1) Á Júpiter Libertador, llamado así por los atenienses, se le veneraba igualmente en Siracusa, en Tarento, en Platea y en Caria.

(2) Yo, es decir, Sócrates.

sea, no hay otro medio de desarmarlas que destruir todo el enjambre sin dejar una; pues de igual modo si no enviamos allá una flota formidable, y si no les damos un gran golpe, jamás los siracusanos se someterán á nuestra dominacion; las pequeñas expediciones no hacen más que excitar su cólera y hacerlos más intratables. Acaban de enviarnos embajadores, pero, ó mucho me engaño, ó es para tendernos un lazo.

En este punto de la conversacion los embajadores siracusanos pasaron delante de nosotros. Erasistrato me dijo, señalándome uno de ellos:—Ese hombre, Sócrates, es el más rico de los sicilianos é italianos. ¿Cómo puede dudarse? Es tal la extension de sus campos, que le seria fácil, si quisiera, labrar tierras inmensas; como que en toda la Grecia no podrian encontrarse dominios tan vastos. Además posee todo lo que constituye la riqueza, esclavos, caballos, oro y plata.

Viéndole caminar á velas desplegadas y en disposicion de divagar sobre la fortuna de este hombre, le pregunté: Y bien, Erasistrato, ¿qué aprecio se hace de este hombre en Sicilia?

—Tiene la reputacion de ser, y lo es en efecto, el peor más aún que el más rico de los sicilianos y de los italianos; y si preguntases á cualquier siciliano, á quién tiene por más malo y más rico, no te nombraria á otro que á él.

Yo reflexioné, que las cosas de que hablaba no eran de poca importancia, y ántes bien de la mayor consideracion en opinion de los hombres, pues se trataba de la virtud y de la riqueza; le pregunté cuál le parecia que era más rico, si el que tiene un talento de plata, ó el que tiene un campo de valor de dos talentos.

—Yo creo, me respondió, que es el que tiene el campo.

—Luego, repliqué yo, segun el mismo razonamiento, el que tenga vestidos, tapices y otros objetos de más va-

lor que los de este extranjero, sería más rico que él.

Convino en ello.

—Pero si se te diese la elección, ¿qué preferirías?

—Preferiría lo que tiene más valor.

—¿Pensando ser con ello más rico?

—Sí.

—Por consiguiente, ¿nos parece más rico el que posee las cosas de más valor?

—Sin duda.

—Por lo tanto, repuse yo, los sanos son más ricos que los enfermos, si la salud es un bien de más valor que las riquezas de los enfermos; y no hay nadie que no prefiera mantenerse sano con poco dinero á estar enfermo con todas las riquezas del gran rey, lo cual prueba que se da más valor á la salud; porque no se la preferiría, si no se la considerase más preciosa que la fortuna.

—No, ciertamente.

—Por consiguiente, si existiese un bien de más valor que la salud, el que lo poseyese sería aún más rico.

—Sí.

—Si alguno, acercándose á nosotros, nos preguntase: Sócrates, Erixias, y Erasítrato, ¿podreis decirme cuál es de todos los bienes el que tiene más valor para el hombre? ¿No será aquel que le capacite para dar los mejores consejos sobre la mejor manera de dirigir sus propios negocios y los de sus amigos? ¿Cuál es este bien, que es el más precioso de todos?

—A mí, Sócrates, me parece que la felicidad es lo que tiene más valor para el hombre.

—No te engañas, pero, ¿consideraremos como los hombres más dichosos á los que mejor manejan sus negocios?

—Por lo ménos ese es mi dictámen.

—¿Y no manejan mejor sus negocios los que se engañan ménos en todo lo que concierne así á ellos como á los

demás hombres, y que llevan generalmente á buen término sus empresas?

— Es evidente.

— Y los que conocen el bien y el mal, lo que es preciso hacer ó evitar, ¿no son tambien los que salen bien de sus empresas y se engañan ménos?

— Lo creo igualmente.

— Nos parece, pues, que los más sabios son los que manejan mejor sus negocios y son los más dichosos y los más ricos, porque la sabiduría es, entre todos los bienes, el de más valor.

— Sí.

Pero Erixias tomó entónces la palabra, y dijo: ¿De qué serviría, Sócrates, ser más sabio que Nestor mismo, si llegaran á faltar las cosas más necesarias para la vida, el pan, el vino, los vestidos y todo lo demás? ¿De qué utilidad nos sería la sabiduría? El que está expuesto á mendigar y á verse privado de las cosas de primera necesidad ¿será por ventura el más rico de los hombres?

Esta objecion no dejó de causar impresion en el auditorio.

— Pero, le respondí yo, ¿es posible que el que posea la sabiduría se vea nunca reducido á ese extremo, hasta la desnudez de que hablas? Y por otra parte, el que llegara á poseer la casa de Polition, aunque estuviera llena de oro y plata, ¿no careceria de nada?

— Pero, repuso él, nada le impide vender inmediatamente lo que posee, cambiarlo por alimentos ó plata, con lo cual puede proporcionarse todo lo que necesite y vivir de este modo en medio de la abundancia.

— Sin duda, si es cierto que los hombres tienen una necesidad más imperiosa de la casa de Polition que de la sabiduría de Nestor; pero si fuesen capaces de dar su justo valor á la sabiduría y á sus ventajas, el sabio tendria mucho más que vender, si se viese en necesidad y qui-

siese vender su sabiduría y todos los frutos que de ella pueden sacarse. ¿Tan útil y tan necesario es al hombre gozar de tan espléndida morada? ¿Tanto importa pasar la vida en un palacio ó en una miserable y pobre choza? Y por el contrario, ¿es de tan poco interés y de tan poco precio la sabiduría, que sea indiferente ser sabio ó ignorante en las más graves y sérias circunstancias? ¿La sabiduría es una cosa tan despreciable, que no encuentre compradores al mismo tiempo que todo el mundo necesita y compra maderas de ciprés y mármoles pentélicos de la casa de Polition? Es decir, que el piloto hábil, el hábil médico y cualquiera que sobresale en la práctica de estas artes, ¡no serán dignos de más alta estimación que los que poseen grandes bienes y grandes riquezas! Y el que es capaz de aconsejarse á sí mismo y á los demás y de mostrar el camino derecho ¡no tendría nada que vender, nada que cambiar si quisiere hacerlo!

Erixias tomó entonces la palabra, y mirándome con el aire de un hombre ofendido, me dijo: Y bien, Sócrates, es preciso decir la verdad, ¿pretenderías tú ser más rico que Callias, hijo de Hipónico? Tú no querrias reconocerte más ignorante que él en ninguna de las cosas importantes, y ántes bien, por el contrario, te crees más sabio; y sin embargo, no por eso eres más rico.

—Quizá, le respondí, quizá, mi querido Erixias, crees que nuestra conversacion es un vano juego que nada tiene de verdadera, y que se parece á las piezas de ajedrez, que colocándolas de una cierta manera, se triunfa de su adversario condenándole á permanecer inmóvil. Quizá crees que lo mismo sucede, poco más ó ménos en esta discusion sobre las riquezas; que hay ciertos razonamientos que no son más verdaderos que falsos, y que basta saber servirse de ellos, para cerrar la boca á los que niegan que los sabios son al mismo tiempo los más ricos, sosteniendo así lo falso contra los que sostienen lo verdadero.

Quizá no sería esto sorprendente. Si dos hombres discutiesen sobre las letras, diciendo el uno que Sócrates comienza por una S y el otro que por una A, no sería imposible, que el razonamiento del que dice que comienza por una A supere al razonamiento del que sostiene que comienza por una S.

Echando una mirada sobre los circunstantes, Erixias, entre risueño y avergonzado y como si no hubiera oído lo que acababa yo de decir:—Yo, Sócrates, dijo, creía que convenia abstenerse de razonamientos de esta clase, que no pueden convencer á los mismos á quienes se dirigen, y de los que ninguna utilidad se puede sacar. ¿Qué hombre de buen sentido se dejará nunca convencer de que los más sabios son igualmente los más ricos? ¿Cuánto más preferible es, si hemos de ocuparnos de la riqueza, examinar en qué caso es honroso ser rico y en qué caso es vergonzoso, y en fin, cuál es el carácter moral de la riqueza, si es un bien ó un mal?

—Sea así. En adelante no nos separaremos de esta cuestion, y has hecho bien en advertírnoslo. Pero puesto que eres tú el autor de la proposicion, ¿por qué no la apoyas y nos dices si la riqueza es un bien ó un mal? Porque este es un punto que no hemos tocado en la precedente discusion.

—Pues bien; á mi parecer es un bien el ser rico.

Quería continuar, pero Critias le interrumpió diciendo:

—Dime, Erixias, ¿piensas que es un bien el ser rico?

—¡Sí, por Júpiter! Si pensara de otra manera, sería un loco, y creo que no hay nadie que no sea de mi opinion.

—Pues yo, dijo Critias, creo que no hay nadie que no esté de acuerdo conmigo, en que es un mal para algunos hombres el ser rico. Ahora bien, si fuese un bien, ¿cómo podría ser manifiestamente un mal para algunos?

Entonces creí que debía mediar, y les dije:—Si por casualidad discutierais cuál de vosotros conoce mejor la



equitacion y monta mejor á caballo, y fuese yo un buen picador, trataria de terminar vuestras diferencias. Me avergonzaria, si estando presente, no hiciera todo lo posible para ponerlos de acuerdo; porque cualquiera que sea la cuestion que os divida, si no concluís por entenderos, os separareis más enemigos que amigos. En este momento os tiene discordes una cuestion que interesa á la conducta de toda la vida, porque ¿qué cosa más importante que saber el aprecio que debe hacerse de las riquezas, si son útiles ó nó, y esto en una época, en que léjos de desdenarlas los griegos, las ponen por encima de todo? Los padres, apenas los hijos tocan á su parecer la edad de razonar, les obligan y exhortan á que busquen los medios de hacer fortuna, y les dicen: si eres rico, te estimarán; si pobre, nó. En medio de esta codicia universal os encontráis, aunque de acuerdo en todo lo demás, divididos en lo que más importa, porque no discutís si la riqueza es negra ó blanca, ni si es pesada ó ligera, sino si es buena ó mala, y yo no conozco nada que pueda irritaros más uno contra otro, que el no estar conformes acerca del bien y del mal, vosotros que estais estrechamente unidos por la amistad y por la sangre. Por esta razon quiero emplear todas mis fuerzas en reconciliaros sobre este punto. Si fuera yo capaz de descubrir por mí mismo la verdad, entónces bien pronto cortaria vuestras diferencias. Pero puesto que no soy capaz de ello, y que cada uno de vosotros está persuadido de que atraerá al otro á su opinion, aquí me teneis dispuesto á auxiliáros con todas mis fuerzas, para ver si encontramos juntos la solucion de esta dificultad. Así, pues, añadí, mi querido Critias, haznos ver tu opinion.

—Pues bien, dijo Critias, como estaba diciendo ántes, quisiera preguntar á Erixias, si cree que hay hombres justos y hombres injustos.

—¡Sí, por Júpiter! respondió éste; nada más cierto.

—¿Pero ser injusto te parece que es un bien ó un mal?

—Un mal, seguramente.

—El hombre, que con el cebo del dinero seduce las mujeres de sus vecinos, ¿te parece que es injusto ó nó, sobre todo cuando este hecho está prohibido por las leyes de la república?

—Me parece que es injusto.

—Luego si es rico, puede gastar dinero y quiere ser injusto, cometerá una falta; si, por el contrario, no fuese rico ni tuviese dinero que gastar, no podría hacerlo, aunque quisiera, y por consiguiente no cometería falta. Luego es más ventajoso para este hombre no ser rico, porque no puede hacer lo que quiere, y lo que quiere es una infamia. Pero respóndeme á esta otra pregunta: ¿estar enfermo es un bien ó un mal?

—Es un mal.

—¿Y qué! ¿No te parece que hay hombres intemperantes?

—Sí, ciertamente.

—¿Y no valdria más para la salud de este hombre, que se abstudiese de comidas, bebidas y de todas las cosas que halagan su paladar? Pero no tiene valor para hacerlo á causa de su intemperancia. ¿Y no seria mejor para este hombre carecer de recursos con que satisfacer sus deseos, que vivir en la abundancia de todos los bienes? Porque no le seria ya posible cometer faltas, por más que tuviera voluntad de hacerlo.

Critias habló tan bien y con tanta exactitud, que si no hubiera sido por miramiento á los circunstantes, Erixias no habria podido menos de levantarse contra él y pegarle; tan pleno era su convencimiento de que Critias habia demostrado patentemente la falsedad de su precedente juicio sobre la riqueza. Viendo yo á Erixias tan colérico y temiendo que la querella pasara al terreno de las injurias, dije:—Estos razonamientos los he oido últimamente en el

Liceo de boca de un hombre grande, Prodico de Ceos; pero los que allí estaban juzgaron que no valia nada lo que decia y no dieron fe á sus palabras. Y entónces uno de los presentes, que era muy jóven, se levantó, se sentó cerca de él, charlando, como en tono de zumba, é insistiendo, para que Prodico desenvolviese las razones de lo que habia sentado. Y debeis creerme, más complació éste á los oyentes que Prodico.

—Y bien, dijo Erasítrato. ¿no podrias referirnos esa discusion?

—Con mucho gusto, si me acuerdo de ella. Hé aquí poco más ó ménos lo que allí pasó.

Preguntó el jóven en qué la riqueza es un mal y en qué es un bien. Prodico dijo, como acabas tú de hacerlo, que la riqueza para los hombres virtuosos, que saben el uso que debe hacerse de ella, es un bien, y para los malos que no lo saben, es un mal; y que lo mismo sucede en todas las cosas, añadió. Tanto como valen los que hacen uso de ellas, otro tanto valen las cosas mismas. Este verso de Arquiloco es muy verdadero:

*Los sabios lo son en todo aquello en que ponen mano.*

De suerte que, dijo el jóven, si se me hiciese sabio con esta sabiduría propia de los hombres de bien, seria una necesidad que todas las cosas se hiciesen buenas para mí, aunque con relacion á ellas nada se hubiere hecho para hacerme hábil de ignorante que ántes era. Por ejemplo, si se hiciese de mí un gramático, seria una necesidad que todas las cosas se hiciesen gramaticales para mí; y si se hiciese de mí un músico, se harian musicales. En igual forma, si haces de mí un hombre de bien, todo se hará bueno para mí.

Prodico rechazó las primeras proposiciones, y aceptó la última.

—¿Te parece, continuó el jóven, que el hombre es el

artífice de las buenas acciones, como es artífice de la casa que construye? ¿ó bien es indispensable que permanezcan siendo hasta el fin lo que han sido desde el principio, buenas ó malas?

Creo que adivinando Prodicó á dónde iba á parar este razonamiento, y no queriendo verse vencido delante de tanta gente por un jóven de tan poca edad, pues si hubieran estado solos, le habria importado poco, respondió con cierta amabilidad que las buenas acciones son obra del hombre.—Entónces el jóven replicó: ¿te parece, Prodicó, que la virtud por su naturaleza debe de ser enseñada, ó la tienes por innata?—Debe de ser enseñada, respondió Prodicó.—Pero, continuó el jóven, ¿no considerarías como un imbécil al que intentara hacerse hábil en la gramática, la música ó cualquier otro arte, contentándose con dirigir súplicas á los dioses, si para adquirir esta superioridad es absolutamente preciso ser instruido por otro ó instruirse uno á sí mismo?

Prodicó convino tambien en esto.

Por lo tanto, dijo el jóven, cuando pides á los dioses que te hagan dichoso y te procuren bienes, no vienes á pedirles otra cosa, sino que te hagan bueno y virtuoso, puesto que todo es bueno para los buenos y malo para los malos; y si la virtud se enseña, es evidente que no pides otra cosa á los dioses que aprender lo que no sabes.

Entónces dije yo á Prodicó, que debia felicitarse de haber aprendido una cosa tan importante, si creia que los dioses nos conceden en el momento lo que les pedimos en nuestras oraciones. Cuando recorres la ciudad, suplicando á los dioses que te concedan bienes, tú no sabes si pueden darte lo que les pides. Es como si te llegases á la puerta de un gramático, suplicándole que te diera su ciencia, y permanecieses tú en la inaccion, esperando hacerse de repente capaz de enseñar la gramática. Al oirme hablar de esta manera, Prodicó se puso en actitud de re-

chazar el ataque del jóven y demostrar lo que tú exponias hace un momento, porque lo que le indignaba era que se pudiera creer que él invocaba en vano á los dioses. Pero el gimnasiarca, adelantándose, obligó á Prodicó á salir del gimnasio, diciendo que semejantes discursos no podian ser útiles á los jóvenes, y si no son útiles, evidentemente tienen que ser dañosos.

Te he referido esta escena, mi querido Critias, para probarte el juicio que se forma de la filosofia. Cuando Prodicó pronunció este discurso, de tal manera se le tuvo por extravagante por todos los que allí estaban, que se le expulsó del gimnasio; y tú, por el contrario, en este momento has hablado tan bien, que no sólo has convencido á los circunstantes, sino que has obligado á tu adversario á adherirse á tu opinion. Esto se parecé á lo que pasa en los tribunales. Dos hombres prestan una misma declaracion, siendo el uno bueno y honrado, y el otro malo; pues el testimonio del malo de ninguna manera convence á los jueces, y ántes les predispone á fallar en contra; mientras que tan pronto como el hombre de bien declara, no queda la menor duda de la verdad de la deposicion. Quizá algo análogo ha sucedido con los oyentes de Prodicó y con los tuyos. Han visto en Prodicó un sofista y un charlatan, y en tí un hombre ocupado en los negocios del Estado y digno de una alta consideracion; y se han dicho en seguida que para apreciar los discursos, no tanto debe mirarse á los discursos mismos como á los que los pronuncian.

— Sin embargo, Sócrates, replicó Erasístrato, búrlate cuanto quieras, pero las razones de Critias no me parecen tan malas.

— ¡Ah! ¡por Júpiter! yo de ninguna manera me burlo de Critias; pero ya que habeis comenzado, ¿por qué no terminais esta discusion? Me parece, en efecto, que aún falta algo que examinar. Se dice que la riqueza es un bien

para los unos y un mal para los otros, y falta indagar qué es la riqueza. Si no sabéis esto en primer término, jamás podéis decidir si es un bien ó un mal. Dispuesto por lo tanto me teneis á auxiliarnos con todas mis fuerzas en esta indagacion. Que responda á mi pregunta el que pretende que la riqueza es un bien.

— Yo, Sócrates, dijo Erixias, no tengo acerca de la riqueza una opinion diferente de la que tiene el comun de las gentes; la riqueza consiste en poseer muchos bienes. No creo, que Critias mismo se forme otra idea de la riqueza.

— Aún quedaria por examinar, le dije yo, lo que debe entenderse por bienes, no sea que á los pocos instantes os encontréis de nuevo en desacuerdo. Por ejemplo, los cartagineses se sirven como moneda de un pedazo de cuero, con el que envuelven cierta cosa de la magnitud de una estatera (1), y que nadie sabe lo que es, sino los que hacen esta moneda. Imprimen en ella el sello del Estado y es la moneda legal; de suerte que el que posee muchas de estas monedas, pasa por tener más bienes y ser más rico. Que cualquiera de nuestros conciudadanos posea cuantas monedas de esta clase se quiera, y no será más rico, que si poseyese una cantidad igual de guijarros de la montaña. En Lacedemonia se sirven de monedas de hierro, y á pesar de lo incómodo que es este pesado y vil metal, se tiene por rico al que posee mucho, mientras que si lo poseyera en otro punto, seria como si no tuviera nada. Los etiopes se sirven de piedras en las que hacen ciertas señales; los lacedemonios las considerarían como inútiles. Si un escita nómada poseyese la casa de Polition, no se consideraria más rico que el ateniense que fuese propietario de Licabetes (2). Lo cual prueba

(1) Moneda ateniense del valor de cuatro dracmas.

(2) Montaña estéril y llena de piedras en el interior de Atenas frente al Acrópolis.

claramente que estos diversos objetos no son verdaderamente bienes, puesto que hay gentes que aunque lo poseyeran, no serian por eso más ricos. Para los unos, les dije, son bienes que les enriquecen; para los otros no son bienes, porque nada añaden á su fortuna. Así es como lo bello y lo feo no son la misma cosa para todos los hombres, sino que varian de individuo á individuo. ¿Quereis que examinemos por qué las casas no son bienes entre los escitas y lo son entre nosotros; por qué las pequeñas medallas de cuero son bienes entre los cartagineses y no lo son entre nosotros; por qué las monedas de hierro son bienes entre los lacedemonios y no lo son entre nosotros? Quizá descubriremos la razon, procediendo de esta manera. Si un ateniense poseyese un peso de mil talentos de estas piedras inútiles, que ruedan en la plaza pública y de que no hacemos caso, se le tendria por más rico?

— Me parece que no.

— Pero si poseyese un peso de mil talentos de piedra lignita (1), no diremos que es muy rico?

— Sin duda.

— ¿La razon de esto no será porque la piedra lignita nos es útil mientras que la otra no nos presta ningún servicio?

— Sí.

— Por esta misma razon las casas no son bienes para los escitas, porque no les sirven de nada. Un escita se guardaria bien de preferir la más preciosa casa á una simple piel de cuero; esta le es útil, y aquella no le sirve de nada. Hé aquí por qué no tenemos la moneda cartaginesa por un bien, porque no podemos proporcionarnos con ella las cosas necesarias como con el dinero, de suerte que nos seria perfectamente inútil.

---

(1) Piedra lignita, es decir, piedra que tiene el brillo de la luz, del rubí ó del carbúnculo.

—Justamente.

—Luego las cosas que nos son útiles son bienes, y las que no son de uso alguno no son bienes.

—¿Cómo? dijo Erixias, ¿cómo es eso, Sócrates? Discutir juntos, librar combates y otras cosas semejantes ¿no tienen uso alguno? ¿Son bienes? Sin embargo, incontestablemente son cosas útiles. Así pues aún no hemos descubierto lo que son bienes. Que es de necesidad que los bienes nos sean útiles, es cosa que reconoce todo el mundo, pero ¿cuáles son, entre las cosas útiles, las que son bienes, puesto que no lo son todas?

—Veamos, dije yo; observemos otro método en nuestra indagación. ¿Qué uso hacemos de los bienes? ¿Con qué fin y cómo se han inventado los remedios para curar las enfermedades? Quizá procediendo de esta manera, llegaremos á ver más claro. Puesto que nos ha parecido necesario que todos los bienes sean al mismo tiempo útiles, nos resta examinar cuál es la especie de cosas útiles á la que damos el nombre de bienes. ¿Para qué uso y para sacar qué utilidad empleamos los bienes de que nos servimos? (1). Porque son igualmente útiles todas las cosas de que nos servimos para alcanzar un fin, así como llamamos animales á todos los seres que tienen un alma; pero distinguimos una especie de animales á que damos el nombre de hombre. Si se nos preguntase qué es lo que deberíamos alejar de nosotros, para que no tuviésemos necesidad ni de la medicina ni de sus instrumentos, responderíamos, que seria preciso ó impedir que nacieran las enfermedades absolutamente y nos atacaran, ó apenas hubieren nacido, desterrarlas en el momento. De donde resulta que la medicina es una ciencia, cuya utilidad consiste en desterrar las enfermedades. Y si ahora se

---

(1) Χρησιν, χρήσιμα χρήσθαι χρήματα, analogías verbales intraducibles.



nos preguntase: ¿de qué deberíamos desembarazarnos para que no tuviésemos ya necesidad de bienes? Si á esto no podemos responder, tomemos otro camino. Dime, si el hombre fuese capaz de vivir sin alimentos y sin bebidas, si no experimentase ni hambre ni sed, ¿tendria jamás necesidad de viveres, de dinero, ni de ningun otro medio para proporcionárselos?

—Pienso que no.

—Pues bien, lo mismo sucede con todas las demás cosas. Si no tuviésemos necesidad para la conservacion de nuestro cuerpo de todas las cosas que nos son actualmente necesarias, alternativamente lo caliente y lo frio, y en general todo lo que la salud reclama, los bienes, ó lo que llamamos así, perderian todo su utilidad. Pero seria necesario para esto, repito, no tener necesidad de ninguna de estas cosas, en vista de las cuales deseamos tener bienes para satisfacer los deseos y necesidades que atormentan nuestro cuerpo. La utilidad de los bienes está destinada á proveer á las necesidades y á la conservacion del cuerpo; quitad estas exigencias, y ya no tenemos necesidad de bienes, y quizá ni siquiera existirian.

—Eso es claro.

—Luego es claro, á lo que parece, que las cosas que sirven para satisfacer las necesidades del cuerpo, son las que se llaman bienes.

Erixias convino en que tales eran, en efecto, los bienes; pero no por eso dejó de verse como perplejo con mi demostracion.

—Respóndeme, le dije yo entónces; ¿es posible que la misma cosa sea útil é inútil con relacion al mismo objeto?

—No ciertamente; pero si nosotros tenemos necesidad de esta cosa para este objeto, es útil; si no, nó.

—Por ejemplo, si nosotros fuéramos capaces de fabricar una estátua de bronce sin fuego, no tendríamos necesidad del fuego para esta operacion; y si no teníamos

necesidad de él, nos sería inútil. El mismo razonamiento se aplica á todo lo demás.

—Es evidente.

—Por consiguiente, todas las cosas, sin cuyo auxilio podemos obtener un resultado, son inútiles con relacion á este resultado.

—Inútiles.

—Por consiguiente, si alguna vez fuéramos capaces de satisfacer las necesidades de nuestro cuerpo sin plata, sin oro y sin todos esos objetos de que hacemos un uso ménos directo que de las comidas, bebidas, vestidos, camas y casas, hasta el punto de no tener ninguna necesidad de ellas, esta plata, este oro y todo lo demás no nos parecerían en modo alguno útiles, puesto que podríamos en adelante vivir sin ellas.

—En efecto.

—No serían, por consiguiente, bienes á nuestros ojos, no siendo útiles. Los bienes para nosotros serían los que nos hicieran capaces de procurarnos las cosas útiles.

—Mi querido Sócrates, jamás me persuadiré de que el oro, la plata y las demás cosas semejantes no son bienes. Creo perfectamente que las cosas inútiles no son bienes, y que las más útiles no son bienes sino porque son útiles de la manera que acabas de decir; pero no puedo admitir que el oro, la plata y lo demás no son útiles á la vida, cuando por medio de ellos nos proporcionamos todo lo que necesitamos.

—Pues bien, veamos qué dices á esto. ¿No hay hombres que enseñan la música, las letras ó cualquiera otra ciencia, y que en cambio exigen que se les dé lo que necesitan, haciendo consistir en esto su salario?

—Así es, en efecto.

—Estos hombres pueden procurarse con su ciencia todo lo que les es necesario, pagando con ella como nosotros pagamos con el oro y con la plata.

—Es cierto.

—Pero si con la ciencia se proporcionan todo lo que es preciso para vivir, la ciencia es útil para vivir. Porque ya hemos dicho que el dinero no es útil sino porque nos pone en estado de procurarnos las cosas necesarias al sostenimiento del cuerpo.

—En efecto.

—Si las ciencias mismas tienen esta utilidad, las ciencias son bienes por la misma razón que el oro y la plata. De donde se infiere evidentemente, que los que las poseen son ricos. Sin embargo, no hace un instante nos hemos negado á admitir que fuesen los más ricos. Pero después de las cosas en que hemos convenido, podremos muy bien vernos en la necesidad de admitir que los más sabios son algunas veces los más ricos. En efecto, si se nos preguntase si creemos que un caballo pueda ser útil á todo el mundo, ¿sería posible que dijéramos que sí? ¿No diríamos más bien, que un caballo es útil para los que saben servirse de él y que para los que no saben nó?

—Lo diríamos.

—Por consiguiente; un remedio, conforme al mismo razonamiento, no es útil á todo el mundo, sino al que sabe servirse de él.

—Sí.

—Por consiguiente lo mismo sucede con todo lo demás.

—Así parece.

—El oro, la plata y todas las cosas, que pasan por ser bienes, serán útiles sólo para aquel que sabe servirse de ellas.

—Es cierto.

—¿No hemos visto ántes que lo propio del hombre de bien es saber el uso que conviene hacer de cada una de estas cosas?

—En efecto.

—Los hombres buenos y honrados serán los únicos

para quienes serán útiles estas cosas, puesto que son los únicos que saben el uso que de ellas debe de hacerse; y si sólo son útiles para ellos, es evidente que sólo son bienes para los mismos. Supóngase, por ejemplo, un hombre que no conoce la equitación y que tiene caballos, que á causa de esto le son inútiles; si alguno le convierte en buen jinete, le haria al mismo tiempo más rico, puesto que cosas, que le eran ántes inútiles, se hacen para él útiles. De suerte que dar ciencia á un hombre es al mismo tiempo enriquecerlo.

—Así parece. Sin embargo, estoy pronto á jurar que Critias no acepta ninguna de estas razones.

—¡Por Júpiter! dijo Critias, seria preciso que hubiera perdido la razon para darme por convencido. ¿Por qué no has terminado tu demostracion de que todas las cosas que se consideran como bienes, el oro, la plata y lo demás no lo son? Yo estaba encantado oyendo todos esos preciosos razonamientos.

Entónces tomé la palabra y me expliqué en estos términos. Tienes todas las trazas, Critias, de experimentar, al escucharme, el mismo placer que se tiene cuando se oye á los rápsodas, que cantan los poemas de Homero, puesto que mis discursos te parecen desnudos de verdad. Sin embargo, veamos qué dirás á esto. ¿Hay cosas útiles para los arquitectos con relacion á la fabricacion de casas?

—Me parece que sí.

—¿Son estas cosas útiles aquellas de que se sirven para construir, como la piedra, los ladrillos, las maderas y otros materiales semejantes? ¿Es preciso unir á esto las herramientas que emplean para la fabricacion, los instrumentos con que se procuran las maderas y la piedra, y en fin los instrumentos de estos instrumentos? (1).

---

(1) Es decir, los instrumentos con que se fabrican estos instrumentos.

—Me parece que todas estas cosas son igualmente útiles para el objeto que se proponen.

—Pues bien, le pregunté, ¿no sucede lo mismo con cualquier clase de obra que se intente hacer? Además de los materiales que se ponen en obra, ¿no son igualmente útiles los instrumentos con que nos los proporcionamos y sin los cuales no los tendríamos?

—Ciertamente.

—Y así los instrumentos para obtener los materiales, los instrumentos para fabricar los precedentes instrumentos, y los instrumentos de estos instrumentos, y así hasta lo infinito, todo esto es necesariamente útil para la obra á que se aplican.

—Así es.

—Suponiendo que un hombre esté provisto de alimentos, de bebidas, de trajes y de todas las cosas que el cuerpo reclama para su uso, ¿tendrá necesidad aún de oro, de plata ó de cualquiera otra moneda para proporcionarse lo que ya posee?

—Creo que no.

—Es cosa manifesta que hay casos en que el hombre no tiene necesidad de ninguna de estas cosas para el servicio del cuerpo.

—En efecto, ninguna necesidad.

—Si estas cosas son inútiles al cuerpo, jamás pueden serle útiles, porque hemos reconocido como imposible, que las mismas cosas sean tan pronto útiles como inútiles con relacion á un mismo objeto.

—De esta manera vas á estar de acuerdo conmigo, porque si el oro y la plata son una vez útiles para satisfacer nuestras necesidades, jamás pueden hacerse inútiles con relacion á este mismo objeto.

—Pero tan pronto sirven para cosas buenas como para cosas malas.

—Estoy conforme.

—¿Y es posible que una cosa mala sea útil para la realización de una cosa buena?

—Me parece que no.

—¿Son cosas buenas las que el hombre hace en vista de la virtud?

—Sí.

—¿Es posible, que un hombre aprenda alguna de las cosas que se enseñan por la palabra, si está absolutamente privado de oído, ó bien podría valerse de algun otro sentido?

—¿Por Júpiter! no lo creo.

—Luego el oído es una de las cosas útiles para la virtud, puesto que gracias al oído, la virtud puede ser enseñada, y con su auxilio lo aprendemos todo.

—Es claro.

—Puesto que la medicina tiene el poder de curar las enfermedades, ¿no es patente que la medicina entra algunas veces en el número de las cosas útiles para la virtud pudiendo hacernos recobrar el sentido del oído?

—Nada se opone á ello.

—Y si pudiéramos procurarnos el conocimiento de la medicina por medio de los bienes, ¿no sería claro que los bienes son útiles para la virtud?

—Tambien es cierto.

—Y por consiguiente, ¿no serán tambien útiles las cosas con que adquirimos estos bienes?

—Sin duda.

—¿Crees que un hombre que, valiéndose de medios malos y vergonzosos, gane dinero para aprender la medicina ó adquirir el oído que le falta, se sirve de este dinero para un objeto virtuoso?

—Sí, verdaderamente, lo creo.

—Luego ¿no es exacto el decir que una cosa mala no pueda ser útil á la virtud?

—No, en efecto.

—No es necesario que las cosas, por medio de las cuales nos procuramos las que son útiles á tal ó cual objeto particular, sean ellas mismas útiles á este objeto. Si así sucediera, sería preciso reconocer, que las cosas malas son algunas veces útiles para una buena. Pero quizá llegaremos á una mayor evidencia sobre este punto. Si toda cosa, sin la que no pudiese conseguirse jamás un objeto, es útil á este objeto, respóndeme, ¿serías capaz de sostener que la ignorancia es útil á la ciencia, la enfermedad á la salud, ó el vicio á la virtud?

—Yo no puedo admitirlo.

—Sin embargo, es preciso convenir en que nadie podría adquirir la ciencia sin haber comenzado por ser ignorante, ni la salud sin haber estado enfermo, ni la virtud sin haber sido vicioso.

—Sí, si no me engaño.

—Por consiguiente, no es absolutamente necesario que una cosa sea útil á tal ó cual objeto, porque este objeto no pueda ser conseguido sin ella, pues en este caso sería preciso que la ignorancia fuese útil á la ciencia, la enfermedad á la salud, y el vicio á la virtud.

Critias se resistía, sin embargo, á aceptar todas estas razones, y no podía creer que todas estas cosas no fuesen bienes. Viendo, pues, que, según dice el proverbio, era tan difícil convencerle como cocer una piedra, le dije:—Pues bien, dejemos todas estas razones, ya que no tienen poder bastante para ponernos de acuerdo sobre si hay ó no identidad entre las cosas útiles y los bienes, y veamos qué es lo que contestas á lo siguiente: ¿deberá tenerse por mejor y más dichoso al hombre á quien el cuidado de su cuerpo obliga á satisfacer una multitud de necesidades, que al que tiene muy pocas y se contenta con las cosas ménos delicadas? Quizá encontraremos con más facilidad la respuesta, considerando un solo hombre en estos dos estados: en la enfermedad y en la salud.

—Ese es un punto, dijo Critias, que no exige un largo exámen.

—Sin duda, repliqué yo, porque no es difícil reconocer que vale más estar sano que estar enfermo. Pero ¿cuándo tenemos más necesidades, cuando estamos enfermos ó cuando estamos sanos?

—Cuando estamos enfermos.

—Entónces es cuando tenemos más necesidades, porque en ninguna ocasion se despiertan más nuestros deseos que cuando estamos en mal estado.

—Es cierto.

—Luego, siguiendo el mismo principio, si un hombre se encuentra tanto mejor cuantas ménos necesidades tiene, ¿no debe decirse lo mismo de dos hombres, de los cuales el uno tiene muchas necesidades y deseos ardientes, y el otro pocas necesidades y un temperamento más moderado? Por ejemplo, unos tienen una gran pasion por el juego, otros por el vino, otros por la mesa, porque todos son verdaderos deseos.

—Sin duda.

—Pero las pasiones son necesidades que reclaman una satisfaccion. Hé aquí por qué los que tienen muchas pasiones están en una situacion peor que los que no las tienen, ó tienen pocas.

—Sí, creo como tú que todos estos hombres son muy desgraciados, y que cuanto más numerosas son sus pasiones, tanto mayor es su desgracia.

—¿No te parece que una cosa no puede ser útil á un objeto, sino á condicion de que tengamos necesidad de ella para conseguir este objeto?

—Sí.

—Luego es indispensable, para que las cosas sean útiles con relacion al cuerpo y á los cuidados que éste reclama, que tengamos necesidad de ellas para conseguir este objeto.



—Así me lo parece.

—De donde se sigue que el que posee mayor número de cosas útiles con relacion al cuerpo, debe tener igualmente más necesidades, puesto que para que una cosa sea útil, es preciso tener necesidad de ella.

—Eso me parece evidente.

—Se sigue de aquí, en virtud del mismo razonamiento, que los que tienen muchos bienes tienen igualmente muchas necesidades que satisfacer con relacion al cuerpo y á su sostenimiento; porque nos ha parecido que los bienes son precisamente lo que es útil al cuerpo. De suerte que para nosotros es evidente y necesario que los más ricos son tambien los más dignos de compasion, puesto que tienen que habérselas con mayor número de necesidades.

**FIN DEL KRITIAS.**